



POSTAL GERUNDENSE

CUANDO EL TURISMO HA DE VOLVER AL HOMBRE

Por JORDI DALMAU

Cuando uno no tiene imaginación es inútil decirle que haga trabajar su imaginación. No puede imaginarse nada. Cuando uno sabe lo que es la imaginación, media palabra le acreditará como genial entendedor. Esto último nos pasa a todos con el turismo. La promoción de nuestras comarcas es obra de la imaginación más desarrollada, fruto de la media palabra que nos susurró al oído hace unos pocos años el hecho indiscutible del turismo. Así, nos hemos civilizado, y que nadie tome a mal la palabra: es Bruhnes en su geografía humana quien define la "civilización" como el arte y la ciencia de aprovechar las fuerzas escondidas e incluso la presencia de la naturaleza bruta. Promocionados, pues, estamos en civilización puesto que aquí se han ensanchado economías, recaudaciones, índices de inmigraciones, paisajes, posibilidades y muchas cosas más. Resumiendo a nivel de gestión, digamos que aquí ha habido prosperidad. Sintetizando a vista humana, digamos que aquí ha habido imaginación.

La iniciativa, tanto privada como semi y la oficial, es tal vez el más positivo de los valores que nos ha dado el turismo. El hombre se descubre cuando se mide con el obstáculo. Se crece cuando una ocasión está ahí, a la puerta, y hay que abrirle la casa; no es ningún dato novedoso: lo saben bien todas las ciudades que han albergado un día u otro una Exposición de ámbito internacional; es el esfuerzo crecido que han experimentado recientemente nuestras comarcas ante la construcción del Aeropuerto Gerona-Costa Brava; es la superación en el empeño de tanta iniciativa privada que experimenta y consigue desalinizar el agua del mar, ante la escasez del líquido en alguna industria hotelera de Cadaqués.

A estas alturas decir que el turismo ha cambiado la piel, la cara, la idiosincracia y las condiciones socioeconómicas de los pueblos afectados por él, sería decir lo repetido ya infinidad de veces. La originalidad han de dárnosla los sociólogos que han de sentarse a estudiar científicamente el hecho como se merece. Sus cifras, su reportaje, su testimonio no suelen llegar a veces al dominio público; por eso cuando se ponen a nuestro alcance hay buena oportunidad para airear los datos que nos ofrecen. La revista "Delta" nos ha dado una de esas oportunidades al resumir unos hechos y experiencias en la comarca del Maresme, una aportación realizada por el Movimiento Familiar Rural, concretamente en Calella de la Costa. Su población, antes del fenómeno turístico, era eminentemente obrera, agricultura rica, industria y pesca floreciente. Tenía un nivel cultural, cívico y religioso a la altura de las poblaciones más prósperas; las instituciones de todo orden de lo que constituye la vida ciudadana y familiar se encontraban en Calella de la Costa en plena vitalidad. Hoy el trabajo de la población está únicamente dedicado al turismo. Con unos 11.000 habitantes en invierno pasa a 45.000 en la temporada turística.

Los bajos de las casas han pasado a ser bares, tiendas de recuerdos; los particulares alquilan habitaciones; algunos de las calles de Calella, salvando diferencias de magnitud y proporciones, son comparables a cualquier calle del Distrito V de Barcelona. Poca gente trabaja su agricultura, si bien se mantiene el cultivo de la fresa por ser altamente rentable. La crisis de la industria del género de punto, lejos de superarse buscando su modernización, llevó un trasvase de capitales hacia instalaciones turísticas y un paro total en aquel sector. En cambio han progresado los trabajos de mecánica, carpintería y especialmente construcción, ocupando buen número de inmigrantes. Calella de la Costa recibe gran número de inmigrantes de temporada, especialmente procedentes de Aragón, que se ocupan en servicios de *hotelería, atraídos por sueldos inmediatos. Todos los datos recogidos son, poco más o menos, válidos para cualquier núcleo turístico de nuestras mismas comarcas: aparte de toda clase de problemas (inmigración, cambios de trabajo, de horarios, vida cara, vivienda, agua, circulación, etc.) se trata de la vida de un NUEVO AMBIENTE. Este nuevo ambiente afecta enormemente a la vida familiar; sin dramatizar, un verbo que no sería admitido en la euforia turística, se señala el peligro de que el ambiente sea difícilmente "encaminable"; y en el caso de que el turismo se desvíase hacia nuevas zonas, empezar de nuevo tendría toda la cara de una seria preocupación. Pero esto nadie se lo plantea, el mismo turismo lleva inherente el vivir al día y las gentes están absorvidas por el impacto del nuevo ambiente, que afortunadamente para su porvenir económico, ya empieza a no ser tan nuevo.*

¿Irà cambiando siempre la piel y la cara de nuestros pueblos turísticos, de nuestra manera de ser total? ¿Sería económicamente lícito defender una austeridad en las maneras de tratar el turismo? Muchos más interrogantes han quedado abiertos en pocos años. Sus respuestas no han de ser improvisadas.

Si nuestros pueblos han sufrido una convulsión un día habrá de ser objeto de examen ver si las llamadas instituciones ancestrales no eran tan sólo un barniz despersonalizado que al primer viento fuerte no han resistido bastante.

En un anterior comentario sobre el turismo defendíamos la importancia de que el depósito cultural ha de ser respetado, convivido y profundizado. Es ante el espectáculo pobre de que nuestras instituciones se ven zarandeadas, cuando hemos de dudar si existía realmente en nosotros, en nuestras aldeas, en nuestras ciudades, el depósito cultural que debía personalizarnos afirmativamente. Y muchas veces la duda se convierte en certeza de que no lo teníamos.

Dar una justa jerarquía a las necesidades que hay que atender para que ruede bien la ruleta turística, sería ya una buena muestra de cultura. Es cierto que la atención hacia el turismo es, por ser negocio fabuloso, una primordial cualidad, ya que el negocio, por serlo, ha de ir forzosamente adelante o se precipita en una acelerada marcha atrás, peligrosa. Pero hay esas otras necesidades menores, creadas por la imaginación a veces y por el orgullo otras. Hay que valorarlo todo, sin dejarse contaminar por vanidades de competición que a veces son difíciles de cubrir, sin dejarse llevar por esa bola de nieve que es la sociedad de consumo que se muerde la cola, que posee para vivir y vive para poseer, *y que no tiene quien le diga, con una convicción firme, que esa misma sociedad, nosotros todos, podríamos ser más libres, menos esclavos de unas necesidades que se autocrean.*

Hay que volver al hombre. Si el turismo ayuda a la negación del humanismo, nos estamos comiendo un sabroso plato de lentejas que el turismo internacional nos ha servido en pago de una primogenitura en el orden cultural, espiritual, humano. El turismo necesita un tratamiento para que los *hombres que viven de él descubran sus propios derechos y deberes, su sentido de la libertad, con el fin de modificar, estructurar y planificar la vida social humana.*

Nos encontramos ante un hecho singular que puede llevarnos a una obsesionante mirada a las arcas de las fortunas, o puede conducirnos, en un arranque de imaginación, al pleno de las iniciativas y de la pujanza en donde cada cual va a realizarse humanamente, uniendo esfuerzos, infundiendo espíritus creadores, traspasando la mera reunión de convivencias pacíficas y multicolores, hacia la superación siempre perfectible en ese contar con los demás.

No podemos conformarnos en un simple ensiniestramiento para el turismo; no es suficiente el dominio de unas cuantas lenguas, ni el recuento de una capacidad hotelera cada día más hinchada, ni la vanagloria de unos paisajes de primera regalados por la naturaleza. "La grandeza de un oficio —escribe Antoine de Saint-Exupéry— es por encima de todo la de unir a los hombres: no es más que un verdadero lujo, el lujo de las relaciones humanas".

Queremos relaciones más humanas en el turismo. Bienvenidas sean todas las unificaciones, todas las fusiones, trabajos de equipo conjuntado de economías y macroeconomías. Pero el hombre, sobre todo el hombre, el mismo que ya desde el Génesis recibió el encargo "...y dominad la tierra", que este hombre en el camino turístico de nuestros sueños más dorados no sea atropellado por su propia imaginación. Quedan todavía muchas horas por delante para repensar la hermosa aventura social de rebanar el pan de nuestro turismo, para escuchar la lección del poeta: "Caminante, son tus huellas el camino, y nada más; caminante, no hay camino: se hace camino al andar".